SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 9 DE SETIEMBRE DE 2001
Turismo 12

Travesía venezolana

De la Gran Sabana a la selva impenetrable de Canaima. La aventura de un viaje por tierra, aire y agua hasta la frontera de Venezuela con Guyana y Brasil.

Noticiero

Termas del norte

Rosario de la Frontera, la ciudad termal de la provincia de Salta, está de parabienes. El flamante secretario de Turismo salteño, Bernardo Racedo Aragón, anticipó nuevos emprendimientos que potenciarán el atractivo de esa localidad. Entre ellos, la construcción de un complejo de bungalows y el reciclado de un parador típicamente norteño con venta de vinos, dulces y quesos regionales, ubicado en el camino de acceso a la Posta de Yatasto. Estas iniciativas se suman a las importantes refacciones ya realizadas en un establecimiento de larga historia: el Hotel Termal.

Comidas del mundo

Todos los viernes de este mes y del mes de octubre se realizarán en el Golden Tulip Savoy Hotel de Buenos Aires siete jornadas de comida de diferentes países, una sabrosa manera de promover el turismo a través del paladar. La propuesta resulta tentadora, ya que se ofrece un esquema planteado en base a cuatro entradas, cuatro platos principales, tenedor y canilla libre. En todos los casos la preparación de los platos estará a cargo de los chefs Diana Boudourian y César Rodríguez Pardo. La cita es en Av. Callao 181. Reservas al 4370-8000.

Cuando llega la primavera

"Salta, la linda." La fórmula es inevitable para hablar de esta ciudad extendida al pie del Cerro San Bernardo, que supo conservar la elegancia colonial y la bonhomía norteña declinada en sus paseos y peñas.

POR GRACIELA CUTULI

Algo tiene Salta que enamora. Algo que va más allá de sus casas históricas, de la tranquila plaza donde se dan cita los chicos y las palomas, de la peatonal que se anima al atardecer cuando pasada la siesta la ciudad se despierta, o de las peñas donde la noche se hace larga hasta que el cielo empieza a ponerse pálido de nuevo. ¿Es la cordialidad de su gente, la sombra acogedora de los árboles en sus plazas, el gusto único de sus empanadas o el tañido de las campanas de la Catedral que se escapa por las callecitas de casas bajas hasta perderse entre los cerros que la rodean? ¿Es la elegancia de las "casas" que la distinguen, como la Casa Arias Rengel, la Casa de Hernández o la Casa de Uriburu? Cada uno que pase por Salta tendrá su propia respuesta. Y todos la dejarán atrás acariciando la idea de volver.

SEPTIEMBRE SALTEÑO

Quien visite Salta entre el 6 y el 15 de septiembre tendrá la oportunidad de asistir a la mayor manifestación religiosa de la provincia, las celebraciones en homenaje a la Virgen y el Señor del Milagro. Según la tradición, a ellos –patronos de Salta– se les atribuye haber detenido varios terremotos intensos que estuvieron a punto de arrasarla: el primero ocurrió en 1692, y los otros en 1844 y 1948, cuando los temblores hicieron sonar solas las campanas de las iglesias.

El eje de las celebraciones es la Catedral, frente a la plaza 9 de Julio, que está considerada como una de las más hermosas del país. Imponente y suntuosa, los salteños no escatimaron oro para adornarla. En el interior se conserva la imagen del Señor del Milagro, una figura de Cristo que apareció flotando dentro de un cajón frente al puerto de El Callao en el siglo XVI, y luego fue llevada a Salta. Contiguo a la Catedral, el Palacio Arzobispal parece haber trasladado uno de los típicos balcones de madera cerrados de Lima al norte argentino, durante esos años del siglo XX en que se había puesto de moda la arquitectura neocolonial.



El Cabildo. Está considerado como el mejor conservado y más completo de la Argentina.

Enfrente de la Catedral, otro edificio histórico completa la estructura típica de las ciudades de origen hispánico: el Cabildo. Está considerado como el mejor conservado y más completo en la Argentina, lo que no le evitó haber sufrido diversas modificaciones a lo largo del tiempo (y aunque estuvo a punto de ser demolido, se salvó gracias a los buenos oficios del arquitecto Buschiazzo). El Cabildo sirvió como edificio público hasta mucho después del fin de virreinato, y hoy alberga el Museo Histórico del Norte.

A una cuadra de la plaza 9 de Julio, el Convento de San Francisco es uno de los edificios más distintivos de Salta: inconfundible en su decoración rojo y marfil, con una fachada ricamente decorada que contrasta con la mayor austeridad de los bellos claustros, lo remata una torre de 70 metros de altura que se ve desde los alrededores y de algún modo funciona como eficaz veleta urbana. Los últimos hitos de la Salta religiosa son la Iglesia de la Merced y la Iglesia y Convento de San Bernardo, antigua ermita devenida en monasterio famosa por su imponente portal de madera de algarrobo, íntegramente tallado por los indígenas en el siglo XVIII.

DESDE LO ALTO DEL CERRO Alejándose del centro histórico rumbo al Cerro San Bernardo, el Monumento al General Martín Miguel de Güemes es un homenaje al héroe de la Independencia y uno de los símbolos de Salta. Detrás del monumento, merece una visita el Museo de Antropología de Salta, que contiene diversas piezas arqueológicas y objetos procedentes de Santa Rosa de Tastil. Luego, es la hora de uno de los más lindos paseos de Salta: la subida en teleférico al Cerro, desde donde se divisa toda la

CANTANDO LA NOCHE

Entre los muchos encantos de Salta está esa prolongación de sus tardes en las noches de peñas y música. Acompañadas por empanadas, tamales y humitas, regadas por esos vinos que están ganando fama en todo el mundo, las reuniones se hacen largas y alegres e invitan a confraternizar a los salteños con los visitantes que llegan a su provincia.

Boliche Balderrama (San Martín y Esteco): "A orillitas del canal, cuando llega la mañana, sale cantando la noche, desde lo de Balderrama", reza la zamba que le dio a Balderrama dimensión internacional en la voz de Mercedes Sosa. Fundado hace casi medio siglo, los folkloristas bohemios fueron reemplazados por turistas, pero en honor a la tradición vale la pena asistir a alguno de sus espectáculos acompañándolo con una cena típica a base de locro.

La casona del molino (Caseros al 2000): la fiesta empieza después de la medianoche, cuando los bombos y guitarras de los más jóvenes entran en funcionamiento después de la cena con tamales y empanadas.

El patio de la empanada (San Martín y Esteco, frente a Balderrama): durante mucho tiempo, los cocineros de la región ofrecían sus platos a orillas del canal, y más tarde la municipalidad les asignó este lugar ideal para probar las riquísimas empanadas salteñas, por supuesto siempre con papa y rivales de sus vecinas tucumanas.

La Vieja Estación (Balcarce al 800): un buen lugar para disfrutar de las peñas folklóricas.

El Corredor de la Empanada (Caseros al 300, Lerma e Independencia y Zuviría y Necochea): el nombre habla de su especialidad, casera y bien hecha.

EL MERCADO ARTESANAL

Hay vuelos charter de Dinar y Southern Winds, desde $ 455 para estar una semana y $ 555 por dos semanas, para la temporada alta. Transbrasil hace escala en Salvador y conexión con la compañía Nordeste Líneas Aéreas, por $ 700 en la alta. Con Vasp y Varig hay que pasar una noche en Río o San Pablo. La primera vuela los domingos, y el precio es de $ 600; la segunda lo hace diariamente, desde $ 645 (en ambos casos, las tarifas corresponden a la temporada alta).



La Catedral. Imponente y suntuosa, los salteños no escatimaron oro para adornarla.

ciudad y el valle de Lerma. También se puede subir en auto o a pie, pero el suave ascenso en las cabinas del teleférico lleva menos de diez minutos y enfrenta a los visitantes con una vista espléndida, unos 250 metros por encima de Salta. En la parada superior se puede parar a tomar algo en la confitería y recorrer las laderas florecidas y jalonadas de cascadas artificiales que aportan una bocanada de frescura en los días calurosos.

POR LOS VALLES CALCHAQUIES Además de su atractivo como ciudad colonial, Salta es el punto de partida de muchas excursiones por la región, que tanto pueden llevar a las deslumbrantes alturas del Tren de las Nubes como a las cuestas y quebradas de los Valles Calchaquíes. Para el Tren, basta un día extenso, ya que parte muy temprano y vuelve tarde por la noche: quien se acostumbre rápido al leve malestar que produce la altura disfrutará de paisajes increíbles y del contacto con los lugareños, que esperan ansiosos la llegada semanal del tren. Para seguir, en cambio, un itinerario por los Valles Calchaquíes harán falta un par de días y una noche, que serán inolvidables. Los primeros hitos del camino son la sinuosa Cuesta del Obispo y el sorprendente Valle Encantado, donde con suerte se pueden avistar los cóndores que se detienen a tomar agua en los bebederos naturales donde la montaña almacena el agua de las lluvias. Luego, a unos 150 kilómetros de la capital, sumergido en el fondo del Valle Calchaquí, Cachi es lo que muchos no dudan en definir como "un pueblo detenido en el tiempo". No podía sino estar aquí el "Blanco Peñón de la Soledad", o el Nevado de Cachi, que culmina a 6720 metros de altura. Creían los indígenas que la cumbre de la montaña estaba coronada de sal, y de ahí el nombre del pueblo: "cachi" es en la lengua aborigen más antigua de la región justamente "sal". En esta región, otro lugar para no perderse antes de llegara Cafayate es Molinos: allí se conserva San Pedro Nolasco de los Molinos, una antigua iglesia de encomienda que se inscribe en el estilo impulsado por las iglesias cuzqueñas. Finalmente, el itinerario puede concluir en Cafayate, la ciudad que popularizó un invento salteño entre los turistas llegados de los más diversos lugares: el helado de vino. No podía ser de otro modo en esta tierra de bodegas donde el Museo de la Vid y el Vino permite seguir de cerca la historia de la elaboración de los vinos locales. ¡Salud!

Noticiero

Guía de Lan Chile

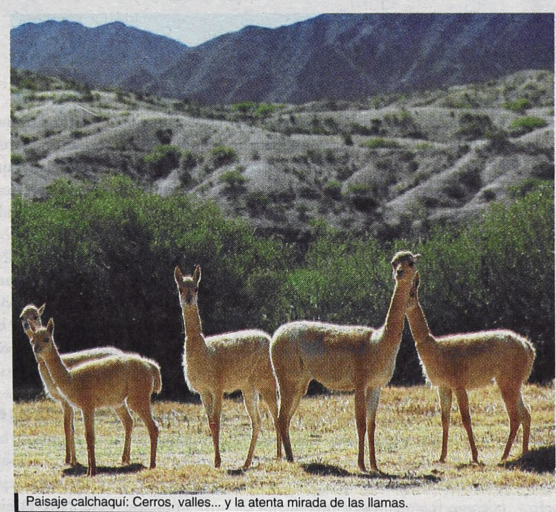
Ya se editó el primer número de la *Guía de Buenos Aires Lan-Tours*. La publicación se distribuirá gratuitamente en el aeropuerto de Santiago de Chile, punto de conexión de todos los vuelos con destino a la Capital Federal. El sumario incluye información sobre paseos y barrios porteños, hoteles, restaurantes, cartelera cultural y de espectáculos, así como vuelos y horarios de la aerolínea Lan Chile. Informes: lantours@bue.lanchile.com

Turismo y aventuras

Entre el 13 y 16 de setiembre se llevará a cabo, en el Centro de Exposiciones y Congresos Predio Retiro de la Capital Federal, la exposición de turismo activo de Latinoamérica ExpoAventura, con la participación de más de 1500 expositores. Simultáneamente a ExpoAventura 2001 se realizará por tercer año consecutivo ExpoPatagonia. Informes: 47776809/10 - e-mail: expoaventura@infovia.com.ar

Congresos en Cuba

Cuba se está convirtiendo en una de las sedes preferidas en América latina para la realización de congresos. En octubre se destaca la celebración –entre el 24 y el 26– del III Encuentro Internacional de Profesores de Teoría Política. Informes: Petros Travel Tours. Tel/Fax: 4342-8438 - 4343-9467.



Paisaje calchaquí: Cerros, valles... y la atenta mirada de las llamas.

POR JULIÁN VARSAVSKY



Nubes bajas y palmas sobre el tapiz verde que cubre la tierra de la Gran Sabana.



Una cadena de Tepuyes emerge de los abismos verdes del Parque Nacional de Canaima.

El placer de una ducha bajo las aguas que vierte la Quebrada del Jaspe

Nuestra meta es la selva guayanesa, un hermético laberinto sin tiempo donde impera un motivo vegetal multiplicado hasta el hartazgo. No tenemos el hilo de Ariadna imaginado por los griegos, pero el aroma y la sonoridad de los ríos guían nuestra travesía hacia ese compacto paraíso verde; un reino amurallado tras una pared de árboles que se alinean tronco a tronco hasta el infinito. Frente a sus puertas, veremos que la única forma de penetrarla sería abriendo un boquete en su gruesa pared vegetal para internarnos en los abismos verdes del Parque Nacional Canaima. Pero al intentarlo se descubre que el obstáculo no tiene fin, que aun dentro de la selva nunca habremos lacerado el velo amazónico que cuida el enigma de su virginidad.

DESDE LA CIUDAD La excursión se realiza en varias etapas y comienza en un contexto árido, en la moderna ciudad de Puerto Ordaz. En el camino paramos en el pueblo de El Callao –surgido de una gran inmigración de negros antillanos a principios del siglo XX–, que aún vive de sus minas de oro, lo cual encaja a la perfección con el hecho de que estemos en el preludio de La Gran Sabana, una tierra que en el siglo XVII encandiló la ambición de numerosos buscadores del mítico El Dorado. Y es precisamente en El Dorado –no el de la leyenda, sino un simple poblado que no tiene nada de legendario– donde empieza a prefigurarse el paisaje sabanero de pajonales verdes y pastos bajos. Al cruzar el río Cuyuní, el cambio de la vegetación de la sabana a la selva subtropical es abrupto. No hay siquiera una transición... entramos de lleno en una jungla con árboles de 30 metros, de cuyas copas cuelga una barroca proliferación de lianas y enredaderas. Al bajar de la camioneta nos roza la cara un viento cargado de olor a sus entrañas. No estamos aún en la selva impenetrable cuya máxima expresión nos espera en Canaima –el tramo final de la travesía– pero el paisaje es un buen adelanto de lo que vendrá.

En el kilómetro 88, después de la última estación de servicio, comenzamos a subir La Escalera, un camino asfaltado de 44 kilómetros entre la selva húmeda. Aquí pareciera que la vegetación se agiganta, porque además de árboles colosales, se ven hojas de 50 centímetros, helechos de 4 metros y flores tropicales llamativamente grandes. Los tucanes cruzan sobre la carretera con su vuelo ondulado por el peso del pico, y cada tanto se oye el graznido de una fastuosa guacamaya que se acerca a vuelo rasante.

Pero al llegar a la parte más alta de La Escalera, la selva se acaba en otro corte tan violento como aquel que la ve nacer junto al río. Aparece nuevamente la vegetación baja, permitiendo que la mirada se extienda en el horizonte con soberana libertad. Al fondo de un paisaje verde (estamos sobre una descomunal meseta de cientos de kilómetros) aparecen unas moles fantasmales que el ojo no termina de enfocar debido a la distancia: los Tepuyes.

LA VASTEDAD DEL TEPUY "Imaginad un haz de tubos de órgano, de unos cuatrocientos metros de alto, que hubieran sido atados, soldados y plantados verticalmente, como un monumento aislado, una fortaleza lunar, en el centro de la primera planicie que aparece al cabo de tanta selva..." Así describe el escritor Alejo Carpentier a estas mesetas de arenisca rosada que se erigen solitarias en la llanura, con paredes perfectamente perpendiculares que culminan en afilados ángulos rectos. Están coronadas por una planicie de varios kilómetros sin accidentes, limitada por dos abismos. Tienen algo de torre y de fortaleza abandonada, pero son los restos erosionados del gran "Escudo Guayanés" que cubría la superficie de este territorio hace 2000 millones de años.

Los tepuyes están muy alejados uno del otro, pero parecen seguir una línea imaginaria que los conecta como fragmentos de una inconclusa muralla de piedra. Los indios pemones evitan mirarlos de frente, ya que allí, entre las cascadas que nacen en las alturas, moran sus dioses y de ellos emana la vida en la tierra. Dos días después, desde la ventanilla del avión que nos lleva al poblado de Canaima, los veremos como buques fantasma, sin mástil ni velamen, navegando a la deriva por un océano petrificado de color verde.

EL MUNDO DE LA SABANA Al final de la tarde, el guía de la excursión activa la doble tracción de la camioneta y nos desviamos por un camino de tierra. Nos dirigimos a Chivatón, una posada de piedra en medio de la sabana vacía, donde a lo lejos se levanta el titánico Sororopán-Tepuy. En la noche la temperatura suele bajar a 15 grados. Durante el día asciende a 25 grados, aunque la sequedad del clima hace muy llevadero el calor.

Con el resplandor del alba partimos hacia el mirador de una misión capuchina llamada Kavanayén, donde se observa una cadena entera de tepuyes descomunales que se pierden en el horizonte. El destino siguiente es la comunidad indígena de Iboribó, desde donde navegamos río abajo el Apongoao a bordo de una curiara (embarcación con motor fuera de borda cavada en el tronco de un árbol). Al acercarnos al borde superior del salto Chinak-Merú, se oye un rumor de agua que va "in-crescendo" hasta convertirse en un bramido descomunal. Allí el río se detiene al borde de un cornisa de 100 metros de altura y 60 de

VENEZUELA *A través de la Gran Sabana*

Viaje a la selva de Canaima

Por tierra, por aire y por agua, una travesía por la Gran Sabana, la región del sur venezolano que llega hasta la frontera con Guyana y Brasil. De los pastos bajos del paisaje sabanero a las profundidades de la jungla del Parque Nacional de Canaima. Las solitarias moles de los Tepuyes, flanqueadas por abismos verdes. La aventura de navegar en canoa hasta el Salto Angel, la impresionante caída de un río que se deshace en el aire, renace en la tierra y desaparece en la selva impenetrable.



Brumas, musgos, helechos, en las entrañas vegetales de la exuberante selva guayanesa.

ancho, para saltar al precipicio provocando un estruendo de aguas espumantes. Un sendero permite descender a la base del salto y darnos un baño en medio de un paraje cubierto de una fina llovizna producida por la catarata. Al regresar a Iboribó, nuestros anfitriones, representantes de la etnia pemón, nos esperan con un festín de pollos asados sobre unos leños en brasa. Los pobladores nos ofrecen una salsa de nombre cumache: jugo de mandioca amarga, ají picante y bachaco molido (hormigas rojas del tamaño de medio pulgar)... sólo para quien se atreva.

Pasamos la noche en la posada de Los Rápidos de Kamoirán, y en la mañana partimos hacia la frontera con Brasil. La cercana Quebrada de Pacheco es uno de los lugares más agradables de la Gran Sabana, y no sería exagerado compararla con un parque de agua natural donde un arroyo fluye sobre un lecho de piedra con numerosos saltos de baja altura. Nadamos a placer en "La Piscina", y luego nos bañamos en una hoyada en la que caben seis personas. Allí se vierte encima nuestro una cascada cristalina, pródiga en masajes para el cuerpo. Luego nos espera una vivencia probablemente única en el mundo: caminar bajo un túnel de agua. Detrás de la cortina de agua formada por el salto, hay una pequeña hendidura por donde se puede transitar debajo de la catarata. El salto mide apenas 10 metros, pero sobre nuestra cabeza pasan toneladas de agua atronadora, creando una traslúcida cortina al alcance de la mano. La experiencia permite sentir, hasta en los estremecidos huesos, la potencia descomunal del agua en movimiento. Otra diversión no menos vertiginosa es lanzarse a toda velocidad por los toboganes de agua y piedra que desembocan en un pequeño recodo del arroyo Pacheco.

HACIA CANAIMA Al día siguiente realizaremos un vuelo de una hora hacia el punto central del Parque Nacional Canaima, la zona de selva muy tupida en los alrededores del Salto Angel que también forma parte de la Gran Sabana. Al volar sobre la Gran Sabana, el avión se acerca de repente a la boca de un gran cañón. Realizamos tres incursiones sobre la cima del AuyanTepuy para ver el Salto Angel –el más alto del mundo– y la docena de cascadas que emanan a todo lo largo de diez kilómetros de meseta.

Nos alojamos frente a una pequeña playa junto al río, en unas cabañas que respetan el modelo de la churuata indígena (base circular y techo cónico de hoja de palma). Adentro poseen las comodidades para que el turista tenga una estadía placentera rodeado de la selva.

EN CANOA A TRAVES DE LA SELVA En Canaima se realizan varias excursiones, pero la más importante es la travesía hasta la base del Salto Angel. Una docena de viajeros navegamos en curiara por un ancho río, entre una maraña de árboles con sus raíces entrando en el agua. Entre las dos orillas nos encierra una espesa telaraña de ramas que pugnan por conquistar cada milímetro de espacio libre. Bordeamos un universo con una tremenda densidad; una jungla exorbitante, de suntuoso barroquismo vegetal. Un mundo de sombras que podría tragarnos para siempre.

La potencia del agua es la única oposición que resiste el avance de la selva. Cerca de 280 ríos abren excepcionales zonas francas que facilitan el tránsito. Los ríos se quiebran en numerosos brazos ▶

(Continua en la Página/6)

UN DULCE TORMENTO

Acercarse a la selva es como observar un fastuoso teatro que se resiste a levantar su cortinada. Al asomarnos a su secreto, nos ofrece la certeza de que allí dentro, en su umbral, hay un núcleo oculto en un abismo. Allí debe haber innúmeras cosas fuera del alcance de nuestro conocimiento: El Dorado –con sus catedrales de oro–, y acaso el misterio de la sabiduría o la razón. Caótica en su armonía, internarse en la selva aumenta la certeza de lo inalcanzable de su matriz. Al verla desde el cielo, se vislumbra un resplandor que se nos revela como una intuición. Cuando navegamos por sus venas, nos alcanza el resonar de sus contundentes latidos, pero después de rondarla nos atormenta la certidumbre de que apenas hemos rozado su contorno. Una esencia se nos ofrece al alcance de la mano y se esfuma entre la vegetación; un ámbito que quizás Simone Weil habría comparado con "el fulgor que suscita el deseo, un tormento delicioso". Una magna obra de arte natural nos arroja en la cara la vastedad de su inabarcable belleza. Una creación artística que, al decir de Goethe, tanto más elevada, cuanto más inaccesible a un juicio. Ante nosotros, la ilusión de lo absoluto... una selva fáustica.

(Viene de la Página/5)

y se vuelven a unir más adelante; ríos ciclotímicos que explotan de furia desbocada en medio de raudales y remolinos, para apaciguarse de inmediato en felices remansos. Ante los raudales más peligrosos debemos abandonar la canoa y recorrer sencillos tramos a pie. Al caminar por los senderos de la selva, sobre un colchón de hojarasca, debemos correr las gruesas lianas con la mano para que no estorben. Sorteamos troncos podridos cubiertos de líquenes y musgo, y no se puede ver más allá de los diez metros ya que una informe masa verde que no deja pasar la luz, nos nubla la visión. En algún lugar lejano se desploma de viejo un árbol, y nos alcanza el eco instantáneo de millares de hojas rompiéndose.

Al regresar a la curiara, se adivina tras la selva una fauna rampante que nos lanza un haz de miradas. Son millares de ojos que no vemos pero nos miran parapetados en la muralla verde y desde abajo de las aguas. Jamás sabríamos que están allí, a pocos metros, si no los delatara una sonoridad constante que parece la respiración de la selva. Nos alcanza su aliento a hongos, a lirios salvajes y a tierra mojada. Vamos por las profundidades de un gran cuerpo viviente, de cuyo influjo ya no podremos librarnos.

El encuentro con el Salto Angel corona uno de los viajes más espectaculares que ofrece nuestro continente. Dejamos la embarcación para caminar unos metros hasta el pie del salto. Ante nosotros un río suicida se arroja al abismo desde la cumbre de una meseta de 1000 metros de altura (tres veces la Torre Eiffel). El río se desintegra en el aire hasta tornarse rocío, atraviesa un pequeño arco iris, y renace como río otra vez al tocar la tierra. Entonces, se pierde serpenteando hacia los confines de la selva.


El atardecer refleja las palmas "moriche" sobre la laguna de Canaima.


El espectacular Salto del Angel: el agua cae desde una meseta de 1000 metros de altura.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Lan Chile vuela a Caracas los días lunes y viernes por $ 459 más impuestos. Reservas al teléfono 4378-2222. www.lanchile.com Hasta Puerto Ordaz en autobús se tarda 10 horas ($ 20). El avión cuesta $ 190.

Paquetes: En Puerto Ordaz la agencia de viajes Ivarkarima ofrece paquetes de 4 a 8 días a la Gran Sabana y Canaima. Hay paquetes con alojamiento en posadas y en carpa, pero el más popular por lo novedoso (y económico) es el de las hamacas, ya que se duerme en comunidades indígenas, bajo churuatas de techo cónico de paja y sin paredes, junto a los saltos de agua (se usan mosquiteros y no hay paludismo). El tour más corto es el de 6 días (el relatado en esta nota). Se duerme en hamacas y cuesta $ 820 con todo incluido ($ 720 sin sobrevuelo al Salto Angel) y $ 820 durmiendo en hotel (sin sobrevuelo). Otra posibilidad es realizar un exigente trekking de 8 días por la selva, durmiendo 2 noches en carpa sobre la cima del Roraima Tepuy, el mayor de todos, en el límite con Brasil y Guyana Inglesa. Encima de la meseta hay especies vegetales e insectos únicos en el planeta. Formando un grupo de 6 personas, el precio es de $ 600 cada uno. También hay quienes optan por llegar por tierra a Canaima (7 días), abriéndose paso por la selva a fuerza de machetazos y luego navegando ($ 800). También se puede hacer una excursión en el día llegando en helicóptero a la cima del Roraima Tepuy y el Pukenan Tepuy ($ 350 por persona, mínimo cuatro). Los tours desde Caracas suelen excluir la Gran Sabana y van sólo a Canaima (2 noches y 3 días), cobrando entre $ 700 y $ 1000. Es decir que viajando desde Puerto Ordaz se visita el doble de lugares en 6 días, y aun así se paga menos. Agencia de viajes: Ivarkarima Expediciones. E-mail: ivarka@telcel.net.ve Tel.: 00-58-286-9222619 / 00-58-143864913.

GUATEMALA *Entre lagos y volcanes*

En el altiplano maya

Desde Panajachel, un pueblo con muy buenos servicios turísticos ubicado a orillas del lago de Atitlán, un itinerario por la ancestral cultura maya que prevalece en las comunidades indígenas del altiplano guatemalteco. Mercados con artesanías de cerámica, jade y madera, y maravillosos tejidos que reproducen un arte milenario.

Lago de Atitlán. Cada atardecer convoca a admirar el espectáculo de la caída del sol entre los volcanes.

Dicen que sólo en Guatemala se creó el mundo de veintitrés formas distintas, en veintitrés lenguas. Aquí, las mujeres hilan, tejen y bordan con hilos mágicos de todos los colores del arco iris. En Guatemala aún se rinde culto al Sol, padre de todas las cosechas; con veintiocho ritos distintos se le recuerda siempre. Cada dios, en Guatemala, tiene su sitio y lugar, porque el espíritu que habita en el corazón maya de su gente es profundamente místico.

Y es en el altiplano, situado al noroeste del país, donde se concentra el mayor número de comunidades mayas. Ahí, alrededor del bello lago de Atitlán que custodian tres volcanes ("el lago más hermoso del mundo", como lo llamó el escritor inglés Aldous Huxley), hay diversas poblaciones depositarias de una herencia cultural que ha sobrevivido por siglos. Los quichés, los mames, los tzutuhiles, los cakchiqueles, siguen trabajando el barro, el jade o la madera con el concepto, el color y la forma de un arte milenario que asombra a cualquier viajero.

MERCADOS Y COLORES Los viajeros que llegan a la región hacen base en Panajachel, un importante centro turístico a orillas del lago de Atitlán, que cuenta con los mejores hoteles y servicios de la zona y es el punto de partida para visitar otros poblados cercanos: Santiago de Atitlán, donde se producen estupendos textiles; Sololá, a cuyo mercado, cada martes y viernes, acuden los indígenas luciendo sus coloridos trajes (algunos hombres llevan chaquetas con un estilizado murciélago bordado en la espalda, símbolo de la nación Cakchiquel); San Lucas Tolimán, con sus casas de bambú y piedra; y San Antonio Palopó, donde sus habitantes siguen vistiendo trajes típicos rojos, verdes y azules.

Una de las comunidades mayas más importantes de Guatemala es Chichicastenengo, 32 km al norte de Panajachel. Ubicada en el departamento de El Quiché, Chichicastenengo es una experiencia de colores, algarabía y sincretismo religioso, especialmente los días de mercado. Todos los jueves y domingos, los indígenas de la región instalan sus puestos alrededor de la colonial iglesia de Santo Tomás, que data del año 1540. Mientras unos ofrecen sus productos (bordados, cerámica, artesanías diversas y alimentos), otros rezan y queman incienso en las gradas de la iglesia, para llevar a cabo más tarde, en el interior del templo, ritos pagano-religiosos. Fue aquí, en 1700, donde Fray Francisco Ximénez encontró el Popol-Vuh, libro sagrado de los mayas quichés cuyas páginas relatan el origen del mundo y cuentan los hechos sobrehumanos de las deidades principales.

Otra floreciente ciudad del reino quiché es la hoy denominada San Cristóbal Totonicapán (a 78 km de Panajachel). Si bien cualquier día es bueno para visitarla, hay uno muy especial: el jueves de cada semana se instala un mercado donde el visitante hallará inigualables obras artesanales de cerámica pintadas, textiles, juguetes, máscaras y huipiles. En cuanto a testimonios de la arquitectura colonial, se destaca su templo, que posee un altar único, realizado en plata y vidrio.

Casi igualmente vistoso y colorido es el mercado de Santa Cruz del Quiché (19 km de Chichicastenengo), donde se venden artesanías de la región. Su iglesia fue construida con piedras de la antigua capital maya quiché, talladas por gente de la zona.

En este recorrido por el altiplano indígena también se aconseja no dejar de visitar Todo Santos Cuchumatán, donde los hombres visten camisa roja, pantalón blanco con franjas rojas y pañoleta roja atada a la cabeza; y las mujeres, huipiles ricamente bordados en color carmesí. Quien llega desde Panajachel, bien puede creer que los habitantes de Todo Santos volcaron en sus ropas todo el fulgor rojo de los atardeceres sobre el lago de Atitlán.

POR BAYLEY WILLIS*

Hacía tiempo que le había prometido una visita a mi amigo Hackett, administrador de la estancia Leleque, y estaba yendo hacia el este para desarmar la Comisión y regresar a Buenos Aires. Leleque se encontraba unos 160 kilómetros hacia el sur. Pero unos pocos kilómetros no pueden interponerse entre amigos. Además, yo deseaba conocer la cadena oriental de la Cordillera. Había estado abajo, en el Valle Central, había penetrado los cañones del lado occidental, había atravesado las mesetas; pero las cimas orientales seguían siendo *terra incognita* para mí. Lo eran para la mayoría de los hombres; de hecho, no pude encontrar a nadie que conociera el camino supuestamente transitable para personas de a caballo. Pemberton, que había partido en esa dirección al principio de la temporada, dijo que era difícil encontrar sendero alguno, que casi no existían. Tanto el agua como el alimento escaseaban. Por lo tanto, Alejandro y yo dirigimos nuestras narices hacia el sur y las seguimos. Teníamos dos caballos cada uno y siete mulas de carga; nos acompañaban dos *peones* bien entrenados, Manquito y Viviano.

Seguimos las pistas del ganado y pasamos lugares sin sendero ni huellas. Escalamos dos pasos que deberían habernos llevado al este, hacia el Valle del Chubut, y nos quedamos mirando precipicios o cañones infranqueables más abajo. Giramos en torno de altas cumbres y bajamos sus terrazas siguiendo senderos de guanacos, desembocando en valles internos de la Cordillera que pertenecían a zonas sobre las cuales yo no tenía conocimientos previos. Los ríos corrían hacia el este superando las montañas a través de cañones infranqueables para nosotros. Mantuvimos el rumbo hacia el sur, cruzando de una cuenca a la otra por pasos bajos, hasta que llegamos a lo que parecía ser el final. Hacia el oeste se elevaba una cadena de granito cubierta por lavas negras, cuyas cimas aserradas brillaban en las alturas. Hacia el este se abría un cañón inaccesible. Delante de nosotros se erigía una masa montañosa imposible de pasar. Pero los guanacos, esos camellos pequeños y ágiles, de pisada tan segura como las cabras de montaña, la habían bordeado siguiendo un banco por encima de las paredes del cañón, a pesar de que éste era interrumpido por barrancos y hondonadas que formaban, cada uno, un paso peligroso. Los seguimos. Tarde o temprano aparecimos en una amplia terraza que descendía hacia el Valle del Chubut, donde empalmamos con la ruta hacia Leleque.

Los valles de las altas montañas por los que marchamos se veían encantadores con su ropaje otoñal. Allí donde antes todo había sido verde –la hierba, los arbustos, los árboles–, ahora el pasto estaba helado y marrón; pero proveía un fondo suave contra el que se destacaban los colores armoniosos de los matorrales. Las hojas pequeñas se amontonaban con un verde oscuro y aceitunado, rojo bermejo o naranja; no eran tonos brillantes, pero muy profundos y plenos en sus valores. Entre las hojas aparecían ramas muertas color violeta, con sombras púrpuras. Los colores no desafiaban la paleta de Turner, ni la puesta del sol fijada en el follaje, pero brindaban una armonía de matices que hacía las delicias del ojo sensible. (...)



"Hacia el oeste se elevaba una cadena de granito cubierta por lavas negras, cuyas cimas aserradas brillaban en las alturas."

RELATO DE VIAJE *Un yanqui en la Patagonia*

La huella del guanaco

En 1910, el geólogo y aventurero estadounidense Bayley Willis viajó a la Argentina y recorrió la región de los Andes patagónicos. Sin senderos ni caminos, una travesía a caballo por la Cordillera hasta el Valle del Chubut en este fragmento del libro que escribió el explorador sobre su experiencia sureña.



Con pinta de cowboy, Bayley Willis (a la derecha) comparte un asado patagónico.

UN PERRO EMPECINADO

¿Está demente un perro cuando tiene una idea fija? ¿Y es eso un signo de inteligencia? Feo no pensaba en otra cosa: que yo le tirara una piedra para que él la buscara. Me pedía que tirara una no bien nos levantábamos y se entristecía cuando se ponía muy oscuro para jugar. Estábamos acampando en un lugar donde no había piedras para tirar. Se lo dije. Corrió cuarenta y cinco metros a lo largo del río hasta un banco de ripio y me trajo una. Luego ladró claramente: "Ahora sólo tienes que jugar. *Tienes* que hacerlo". Así que jugué hasta que quise tomar una taza de té y tiré la piedra al otro lado del río, donde cayó en aguas poco profundas. Allá fue Feo, para nada amedrentado y encarando sin dudar la corriente veloz. Cuando alcanzó el lugar en el que había caído la piedra, sintió un calambre en una de las patas traseras y frenó, aullando. Casi se rindió. Empezó a regresar, pero su pata se aflojó y volvió a buscar la piedra. Incapaz de identificarla, desenterró una tan grande como podía cargar en su boca, aunque tuvo que hundir por completo su cabeza para agarrarla. Cuando la había llevado hasta el margen más alejado, llamó mi atención para que la viera. Luego emprendió el regreso. Era muy pesada, pero él nadaba con firmeza. Cruzó el canal principal, sus patas tocaron fondo; sin embargo, la corriente volvió a atraparlo y lo arrastró hacia el agua profunda. Pero él mantuvo su carga y nadó por encima del remolino hasta que, por fin, llegó a la costa. Cansado, pero moviendo su cola, vino despacio y se acostó a mis pies. Pensé en Feo más tarde, cuando me vi atrapado en los rápidos de la política argentina.

ESTANCIAS INGLESAS Al llegar a Leleque, el abrazo de Hackett casi me tira del caballo. Habíamos viajado juntos el año anterior y nos habíamos hecho amigos. Leleque era una estancia de ovejas y ganado vacuno situada a los pies orientales de la Cordillera donde había alimento y agua para los animales. Hacia el este, se extendía hasta el altiplano donde pastaban las ovejas. También incluía zonas considerables de tierras aptas para la agricultura y era la más rica y rendidora de las grandes *estancias* inglesas que controlan la industria del pastoreo de la Patagonia norte. Las *estancias* Pilcaniyeu y Maquinchao eran emprendimientos similares, pero como estaban ubicadas en el altiplano mismo, donde el agua es escasa, sus condiciones eran menos favorables.

Apropiándose del agua disponible, los ingleses habían obtenido el control de la cría de ovejas. Poseían una proporción relativamente pequeña de tierras en las que los animales podían pastorear, pero arreaban sus majadas hacia zonas adyacentes, excluyendo a todas las demás ovejas. Predominaban las de raza Merino, a las que les bastaba una brizna de pasto para caminar más de un kilómetro con tal de encontrar otra, y que producen la lana fina y suave característica de su tipo. Pero allí donde las lluvias alcanzaban para un alimento más abundante, como en Leleque, era preferida la Lincoln de pelo largo.

Se estimaba que la Patagonia norte podía abastecer a diez millones de ovejas. La lana era exportada a Inglaterra, Francia y Alemania y regresaba en forma de bienes manufacturados, a precios altos. El sentido común pedía que esos bienes fueran producidos con la energía hidráulica de la cordillera, pero esa industria todavía no había sido organizada.

Hackett y yo nos sentamos junto a la fogata como dos viejos compinches y discutimos silenciosamente la situación. El era escocés, un hombre de pocas palabras, habituado desde hacía tiempo a la soledad. Yo refrené mi inclinación a dar cátedra. Pensamos, dejar caer alguna palabra, consideramos y sabíamos que estábamos de acuerdo. (...)

La provincia necesitaba la puesta en práctica de la ley, el orden y el desarrollo. No teñía sentido esperar mejoras de los empleados miserables y corruptos que estaban al mando. El remedio se encontraría en la introducción de buenos ciudadanos a través de la colonización dirigida, con un sindicato unido por contrato al gobierno central. Hacían falta diez o tal vez veinte millones de dólares. Era tarde cuando nos retiramos. Al día siguiente yo debía ir lejos, pero ya era el tramo final.

LA DESPEDIDA Pemberton había continuado el día antes; yo me desperté cuando salió el sol y lo alcancé al mediodía. Seguimos hasta que cayó la noche y, tras dos horas de descanso, volvimos a montar hasta el amanecer, a través de la noche clara y helada, cruzando mesetas de lava negra, pasando las fantasmagóricas llanuras de sal blanca. Frenamos ni bien vimos los primeros pastos y algo de agua. Manquito y yo habíamos pasado más de veinte horas en las monturas, pero él se dedicó con buen ánimo a atender a los caballos y conseguir algo para el desayuno. Dormí una hora, hasta que estuvo listo. Después de comer, me sentí fresco y miré a mi alrededor.

Nos encontrábamos en un valle moldeado por el viento, que seguía las curvas suaves del polvo depositado y estaba cubierto de pastos y arbustos del desierto. Las laderas largas y sinuosas terminaban en nudos de granito, con la altura suficiente como para dejar ver la lejanía. Tomé mi cámara y, guiado por un interés u otro, terminé escalando el promontorio más alto, a varios kilómetros del campamento. Desde allí pude ver la cordillera nevada, quizá por última vez en mi vida, pensé.

* Un yanqui en la Patagonia. *Colección Rumbo Sur. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2001.*